



ALELUYA

ALBERTO MANZANO

MÍSTICA Y RELIGIONES
EN EL ROCK

LIBROS CÚPULA



ALELUYA

ALBERTO MANZANO

MÍSTICA Y RELIGIONES
EN EL ROCK

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Alberto Manzano, 2021, excepto el texto sobre Patti Smith,
por Alicia Escuer y Alberto Manzano
Diseño de cubierta: Planeta Arte y Diseño

Primera edición: febrero de 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2654-7
Depósito legal: B. 20.720-2019

Impresor: Liberdúplex
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Prólogo	9
Introducción: Espíritu en la música	15
Bob Dylan	19
El judío askenazí con apellido de poeta galés	19
La otra cara	30
Para vivir fuera de la ley has de ser honrado	39
Antes del diluvio	46
Oí que se podía armar jaleo de camino al cielo	58
Infieles	72
Una nueva epifanía	83
Los tiempos están cambiando hacia atrás	94
Cat Stevens	105
Alá	105
Catestratosférico	108
La <i>suite</i> del extranjero	124
La suave ola	132
Yusuf Islam	140
Montaña de luz	145
Otra taza	157
George Harrison	169
Sitar y LSD	169
Maharishi	183

Hare Krishna	198
Todo debe pasar	207
Mundo material	215
Vida matrimonial	228
En el séptimo cielo	236
Leonard Cohen	253
El sacerdote	253
El poeta cantante	259
Roshi y el zen	268
Hay una guerra	274
Un hospital para los descorazonados	285
<i>Libro de misericordia</i>	291
Un ejército espiritual	303
Mount Baldy	315
Oye, esta no es manera de decir adiós	323
Soluciones impopulares	331
Un cantante debe morir	336
Otros músicos	343
Patti Smith	343
Nick Cave	350
Suzanne Vega	359
Johnny Cash	366
Sinéad O'connor	372
Van Morrison	381
Nico	386
Bibliografía	393
Índice onomástico	397

ESPÍRITU EN LA MÚSICA

Las grandes religiones de la humanidad —cristianismo, judaísmo, islam, hinduismo y budismo— han influido de manera sustancial en la obra y en la vida de numerosos músicos a lo largo de la historia del rock, hasta el punto de que algunos de estos artistas han sido considerados sacerdotes, chamanes, profetas o místicos, y sus canciones han penetrado el corazón de sus oyentes, cambiando profundamente sus vidas.

Aunque los primeros rastros de carácter religioso hallados dentro de la música en el siglo xx —particularmente, del cristianismo— se perciben con absoluta claridad en los primigenios géneros musicales dotados de raíces negras —góspel, blues, soul—, es a partir de los años sesenta, coincidiendo con el inicio de la revolución contracultural en Estados Unidos, cuando un contingente de cantantes y poetas —estos últimos integrados mayormente en la generación *beat*: Allen Ginsberg, Gary Snyder, William Burroughs—, inequívocamente influidos, a su vez, por el trascendentalismo y realismo filosófico del poeta Walt Whitman (1819-1892) —que llegó a ser proclamado «sustrato de la nueva generación de cantautores poéticos»: Bob Dylan, Joni Mitchell, David Crosby, Laura Nyro, etcétera— muestran un desaforado interés por las religiones orientales, cuyas semillas acaban de ser trasplantadas en el Nuevo Mundo, particularmente en California, por gurús y maestros espirituales procedentes de la India y del Japón,

y, desde ese momento, van a impregnar las obras de estos músicos visionarios, bohemios y «vagabundos del *dharma*», de un profundo calado espiritual.

A mediados de los años sesenta, según los astrólogos, místicos, ocultistas y teósofos angloindios, se gesta la era Acuario —lo cual se explica por el hecho de que, en el momento del nacimiento de Cristo, el punto vernal emigró de la constelación de Aries a la constelación de Piscis, y de allí, aproximadamente dos mil años después, a Acuario—, cuya corriente iniciaría la creación de un eje de diferentes grupos revolucionarios cuyo objetivo se centra en transmitir el amor incondicional y la paz entre los seres humanos, el amor por nuestro planeta y su naturaleza, a la vez que rescata sabidurías milenarias, doctrinas y disciplinas espirituales procedentes de Oriente, como el yoga y el *reiki* —implantación energética de las manos, una práctica de la que Jesucristo fue un incuestionable maestro.

El movimiento hippy, que alcanzaría su cénit en el «verano del amor» (1967) y tocaría el cielo en los festivales de Monterey, Woodstock y Wight, impulsado por varios libros —*Tao Te Ching*, *El libro tibetano de los muertos*— y autores —Alan Watts, Timothy Leary, Carlos Castaneda y Krishnamurti—, que confluyeron en la revolución psicodélica y contracultural, e incluso por la dianética —programa de creencias religiosas impulsado por L. Ron Hubbard en el marco de la iglesia de la cienciaología en 1954—, fueron los primeros exponentes de la impregnación de la era Acuario en la sociedad, cuya pertenencia al campo de la teosofía implica la creencia que parte de la premisa de que los fenómenos astrológicos tienen influencia en los asuntos humanos.

Asimismo, el libro oracular chino *I Ching* (*Libro de los cambios* o *Libro de las mutaciones*) se convertiría en una piedra angular para muchas de las grandes mentes artísticas de aquella época: «No quiero hablar de él —diría Bob Dylan—, solo decirte que es maravillosamente verdad. Lo lees y sabes que es verdad. Es algo en lo que creer». También el poeta y músico canadiense Leonard Cohen declararía: «El libro fue una especie de maestro para mí.

Vi que era el momento de que otros y yo nos uniéramos. Sentía que volvía a haber una especie de conjunción en el mundo».

A nivel popular, el primer detonante que produciría un cambio en la mentalidad y sensibilidad de las nuevas generaciones articuladas en torno al rock fue el impulsado por los Beatles, que, gracias al despertar devocional de George Harrison por el hinduismo y el movimiento Hare Krishna, difundiría, a través de varios discos del cuarteto de Liverpool —*Sgt. Peppers*, *Abbey Road* y *Let It Be*—, esta religión hinduista a lo largo y ancho del mundo occidental, y, posteriormente, tras la disolución de los Beatles, en su discografía personal: *All Things Must Pass*, *Living In The Material World* y *Brainwashed*.

En Estados Unidos, desde principios de los años sesenta, el cantante de origen judío Bob Dylan insufló de referencias bíblicas sus primeras composiciones: «A Hard Rain's A-Gonna Fall», «Blowin' In The Wind», «When The Ship Comes In», «Gates Of Eden», etcétera, para pasar, en la siguiente década, a una etapa mística celebrada especialmente en su álbum *New Morning*, con canciones como «If Not For You», «Three Angels», «Father Of Night», «If Dogs Run Free», y, en los años ochenta, tras su conversión al cristianismo evangélico como miembro de la Vineyard Christian Fellowship, en la trilogía religiosa formada por los álbumes *Slow Train Coming*, *Saved* y *Shot Of Love*. En el borde del nuevo milenio, Bob Dylan dejó definitivamente atrás su sermón evangelista y, al mando de su particular «Misterio de Asuntos Interiores», dio forma al vacío con los álbumes *Time Out Of Mind* y *Modern Times*.

En Inglaterra, también el cantautor de origen griego, Cat Stevens, a partir de un severo proceso tuberculoso que le despertaría un enorme interés por «conocer la verdad del más allá» mediante el estudio del budismo, inyectaría grandes dosis de espiritualidad en las canciones de sus primeros discos: *Mona Bone Jakon*, *Tea For The Tillerman*, *Teaser And The Firecat*, *Catch Bull At Four*, y, en 1977, tras su conversión al islam, adoptando el nombre musulmán de Yusuf Islam, en los álbumes *An Other Cup* y *Roadsinger*, ya en el siglo XXI.

En el ámbito espiritual, probablemente no haya un músico que se haya sumergido tan profundamente como Leonard Cohen, que no solo bebería de sus fuentes judías sino de todos los manantiales religiosos originales: budismo zen —tras treinta años de práctica meditativa con su maestro japonés Joshu Sasaki Roshi—, hinduismo vedanta —a partir de sus estudios con el maestro espiritual Ramesh S. Balsekar durante más de una década—, su primigenio encantamiento por la figura de Jesucristo, reflejado en canciones como «Suzanne», «Ain't No Cure For Love», «It Seemed The Better Way», o el sufismo —corriente mística del islam fundada por el poeta persa Rumi en el siglo XIII— en «True Love Leaves No Traces», «The Guests», «The Window» y «Love Itself». Posteriormente, y próxima su muerte —acontecida en 2016—, sus últimos álbumes, *Old Ideas*, *Popular Problems* y *You Want It Darker*, contendrían la máxima expresión religiosa jamás oída en la historia de la música popular.

Es la obra de estos cuatro músicos, considerados avatares por algunos auténticos creyentes: George Harrison, Bob Dylan, Cat Stevens y Leonard Cohen, la que fundamenta los pilares sobre los que se sostiene este libro, junto a un último capítulo que integra el desarrollo teológico de otros compositores cuya obra manifiesta esta impregnación religiosa: Patti Smith, Suzanne Vega, Nick Cave, Sinéad O'Connor, Johnny Cash, Van Morrison y Nico. Aunque el listado podría alargarse hasta la constitución de una enciclopedia completa desde la A hasta la Z, que incluiría a otros extraordinarios músicos como Bob Marley, Carlos Santana, Laura Nyro, Bruce Cockburn, Nusrat Fateh Ali Khan, Dead Can Dance, Al Green, Philip Glass, Kate Bush, Jim Morrison, Vernon Reid o The Reverend Run, el elenco interminable se suspende en este libro. *Aleluya* es el principio.

ALBERTO MANZANO

BOB DYLAN

EL JUDÍO ASKENAZÍ CON APELLIDO DE POETA GALÉS

Bob Dylan, hijo de Abraham Zimmerman (1911-1968) y Beatrice Stone (1915-2000), nació el 24 de mayo de 1941 en Duluth, Minnesota, con el nombre de Robert Allen Zimmerman —*zimmer*, en alemán, significa «habitación», es decir, *zimmerman* es «el hombre de la habitación»—, si bien su nombre hebreo es Shabtai Zisl ben Avraham.

Sus padres procedían de familias ucranianas huidas a causa de la sistemática persecución a los judíos que tuvo lugar en Europa a principios del siglo xx. En Ucrania, la histeria antisemita llegó a Odesa en 1905 cuando las tropas zaristas recorrieron las calles al grito de «¡muerte a los judíos!». Tras la masacre, en la que fueron asesinados miles de hebreos, Zigman Zisel Zimmerman (1873-1935) —abuelo de Dylan— salió del país, dejando a su esposa Anna Chana Zimmerman (1879-1955) con la promesa de enviarle dinero para que se reuniera con él una vez que se hubiera establecido en América. Zigman llegó a Duluth —ciudad portuaria del Lago Superior de Minnesota— y, pocos meses después, su mujer e hijos —Marion, Maurice y Paul— se unieron a él. Instalados en Duluth, el matrimonio tendría tres hijos más: Jack, Abraham —padre de Dylan— y Max.

También los abuelos maternos de Dylan, Benjamin David Stone (1882-1945) y Lybba Edelstein Stone (1892-1961), origi-

narios de la ciudad de Kagizman, en la región de Anatolia Oriental, emigraron a Estados Unidos en 1902, estableciéndose en Hibbing, ciudad del condado de San Luis, Minesota, situada a ochenta kilómetros al noroeste de Duluth, junto a la frontera canadiense. En esta ciudad nació Beatty —madre de Dylan—, que se casaría con Abraham Zimmerman en 1934. El matrimonio vivió en Duluth hasta 1948, año en que Abe fue afectado por una epidemia de polio, perdió su trabajo y la familia se trasladó a Hibbing, instalándose en casa de los padres de Beatty —Bob tenía siete años—. En aquellos días, Abe y sus hermanos Paul y Maurice dirigían una pequeña ferretería donde vendían y reparaban aparatos electrodomésticos. En 1968, Abe sufrió un ataque al corazón fulminante y, dos años después, Beatty se casó con Joseph Rutman, que fallecería en 1985.

Los Zimmerman y los Stone eran judíos askenazíes orientales —unos seis millones viven actualmente en Estados Unidos y Canadá—. Descendientes de las comunidades judías medievales establecidas a lo largo de la corriente del Rin, pertenecían a las tierras de Askenaz, y, aunque originalmente estuvieron asociados con la región de Escitia, un tiempo después se extendieron por los territorios eslavos, localizados entre los ríos Danubio y Elba y el mar Báltico, formando comunidades en áreas donde no se hablaba germánico —Ucrania, Rumanía, Lituania, Polonia, Hungría y Rusia—, manteniendo la liturgia, la cultura askenazí y diversificando su idioma, el yidis —derivado del germánico—. Aunque en el siglo XI los askenazíes sumaban solo el 3 por ciento de la población judía mundial, en 1931 ya representaban el 92 por ciento. De modo que la mayoría de las comunidades judías con más arraigo en Europa son askenazíes —con la excepción de las asociadas a la región mediterránea, que son sefardíes y hablan ladino—. Algunos de los miembros más destacados de la comunidad askenazí son Sigmund Freud, Albert Einstein, Franz Kafka, George Gershwin, Gustav Mahler, Leonard Bernstein, Paul Simon y Leonard Cohen.

En la sinagoga Agudath Achim de Hibbing, Bob asistía a la escuela elemental (*jéder*), cuyo fin era enseñar las bases del judaís-

mo, tras lo cual los niños empezaban a estudiar la Torá, el Levítico y el Talmud. Siendo adolescente, Bob pasó varios veranos en el Herzl Camp, un campamento sionista ubicado en Wisconsin. Un día de 1951, Abe llevó a su casa un piano, y Bob y su hermano David empezaron a estudiar música. David siguió con el piano, pero Bob, gracias a unos ahorros que había hecho conduciendo la camioneta de reparto de la ferretería, se compró una guitarra Silvertone y una armónica. También empezó a garabatear algunos esbozos poéticos. Entre una cosa y otra, dio forma a su primera canción, dedicada a Brigitte Bardot. En su casa, escuchaba emisoras radiofónicas de Chicago que emitían blues, country & western y los primeros balbuceos del rock'n'roll. Recorría las tiendas de discos de Hibbing buscando los nuevos *singles* de Hank Williams, Hank Snow, Jimmy Reed, Chuck Berry, Howlin' Wolf y John Lee Hooker.

En 1956, con Elvis Presley en el trono y James Dean estrellado —eran los dos ídolos de Bob—, Zimmerman formó la banda de rock'n'roll The Golden Chords, junto con unos compañeros de colegio, se compró una moto Harley-Davidson 74, y tuvo su primera novia, Echo Helstrom, con la que compartía un amor desmesurado por Chuck Berry, Little Richard y otras aficiones privadas. Ella quería ser actriz, él quería ser roquero, pero no se sentía a gusto con su apellido judío y le confesó a Echo que, en honor del poeta galés Dylan Thomas, quizá adoptara su nombre.

Bob era un buen estudiante, y el 5 de junio de 1959 obtuvo su graduación escolar. Aceptó una beca para estudiar Bellas Artes en la Universidad de Minesota (Mineápolis), pero, finalizado el primer curso, comprendió que su verdadero camino era la música. Seducido por el hechizo bohemio del barrio de Dinkytown en Minesota, donde se fundía el folk con los primeros aleteos de la generación poética *beat*, Bobby cambió su guitarra eléctrica y amplificador por una acústica Gibson, y debutó como cantante de folk en el club The Ten O'Clock Scholar, anunciándose con el nombre de Bob Dylan. Interpretaba temas de la cantante de blues Odetta, tenía un estilo que mezclaba blues, rock y folk, y su

voz nasal y monocorde, junto con su originalidad interpretativa —que lo diferenciaba de los *folk singers* puristas—, hicieron que empezara a ser respetado. Fue contratado por diez dólares la noche en la cafetería The Purple Onion.

Mineápolis fue la primera gran ciudad en la que viví —recuerda Dylan—. Llegué del desierto y di con la escena *beat*, los bohemios, los *bebop*, todo estaba muy conectado. San Luis, Kansas City, ibas de una ciudad a otra y encontrabas el mismo escenario en todos esos lugares, gente que iba y venía, nadie con un sitio fijo. Yo ya había decidido que la sociedad era una farsa y no quería formar parte de eso, además, había bastante malestar en el país. Podías sentirlo, un montón de frustración, una especie de calma antes del huracán, las cosas se empezaban a agitar. Donde yo estaba, la gente llegaba con trompetas, guitarras, maletas, todo lo que se oye en las historias, amor libre, vino, poesía, pero nadie tenía dinero. Había muchos poetas y pintores, becarios, vagabundos, expertos en una cosa u otra, que habían dejado la vida normal «de nueve a cinco». Siempre había muchas lecturas de poesía, T. S. Eliot, e. e. Cummings. Fue algo de eso lo que me despertó, Jack Kerouac, Ginsberg, Corso y Ferlinghetti, eso tenía sentido para mí..., toda la escena era inolvidable, chicos y chicas, algunos me recordaban a santos. Pero no había ninguna fórmula, ninguna «corriente principal» ni nada de eso. Norteamérica aún era muy «recta», «ambiente de posguerra», macartista, puritana, muy claustrofóbica; cualquier cosa que tuviera auténtico valor estaba muy lejos de todo eso, y aún transcurrirían varios años antes de que los *mass media* supieran reconocerlo y lo estrangularan hasta reducirlo a la estupidez. De cualquier modo, yo me agarré al final de la cola, y fue mágico... Tuvo un impacto tan grande en mí como Elvis Presley. Pound, Camus y otros muchos expatriados norteamericanos que habían fijado su residencia en París y Tánger. Burroughs, John Rechy, Gary Snyder, los nuevos poetas y el folk, el jazz, Monk, Coltrane, Sonny & Brownie, Big Bill Broonzy, Charlie Christian. Pero, sabía que tenía que ir a Nueva York, llevaba mucho tiempo soñando con eso.

Nueva York era el destino, pero no la próxima parada. Solo con su guitarra y su maleta, Bob hizo autostop hacia el este y pasó varios meses en Madison, Wisconsin y Chicago, relacionándose con las comunidades folk y blues locales. En enero de 1961, con un par de universitarios que necesitaban una mano para conducir hasta Nueva York, Bob llegó al Greenwich Village bajo una tormenta de nieve que le cubría hasta las rodillas. Era el peor invierno en sesenta años. Woody Guthrie —el nuevo héroe de Dylan—, agonizaba en el hospital psiquiátrico de Greystone Park en Morristown (Nueva Jersey), víctima de Huntington, y Bobby se las ingenió para que lo recibiera varias veces. Después de cantarle algunas canciones, encontró en «el padre del folk moderno» el reconocimiento a su talento. Con esta tarjeta de presentación se introdujo en el gremio *folky* del Village, apiñado en torno a los dioses de ese género: Pete Seeger, Ramblin' Jack, Peter LaFarge, Cisco Houston y Joan Baez.

El primer concierto de Dylan tuvo lugar en el Folklore Center de Nueva York, con el que obtuvo una crítica favorable en el periódico *Village Voice* y la aceptación del Olimpo de los *folk singers*. Sin embargo, Dylan no había conseguido olvidar su pasión por el rock'n'roll, y, aunque tanteó algunas incursiones en el club Brill Building interpretando canciones de Chuck Berry y Little Richard, se desengañó rápidamente. En el círculo progresista del Village, el rock'n'roll era menospreciado como simple entretenimiento y lo que enrollaba era el folk. Algo en el interior de Dylan le decía que él podía hacerlo mejor que nadie.

La *folk music* era una institución estricta —recuerda Dylan—. Si cantabas blues de las Montañas del Sur, no cantabas baladas de las Montañas del Sur ni blues urbano. Si cantabas canciones vaqueras de Texas, no cantabas baladas inglesas. Era muy patético. Si cantabas canciones tradicionales de los años treinta, no hacías bluegrass ni baladas de los Apalaches. Todo era muy estricto. Todo el mundo tenía su especialidad. Yo nunca presté mucha atención a eso. Si me gustaba una canción, la aprendía y la cantaba de la única manera que sabía. Quizá fuera un problema de técnica para el que nunca

tuve tiempo ni inclinación. Pero eso no gustaba a los puristas. A veces oía cosas como «estuve en el Lincoln Brigade y ese chico estaba destrozando la canción». De cualquier modo, unos cuantos de aquellos cantantes empezaron a copiar mis fraseos de guitarra y cosas por el estilo.

Dylan había desarrollado un estilo que sintetizaba todas sus influencias musicales, consiguiendo que el tema más estándar sonara muy distinto en sus manos. Sin duda, Woody Guthrie había contribuido mucho a su estilo lírico, pero su telón de fondo era el rock'n'roll y el rhythm & blues, y era precisamente esa actitud lo que le hacía diferente del resto de *folk singers*, permitiéndole trascender «lo normal» y ser escuchado como una *rara avis*.

El 29 de septiembre, el periodista Robert Shelton escribía en las páginas del *New York Times*: «La forma tan personal con la que el señor Dylan adopta la música folclórica está aún en plena evolución. Absorbe sus influencias como una esponja. Y, aunque quizá no guste a todos, su interpretación musical tiene la marca de la originalidad y la inspiración, tanto más destacable teniendo en cuenta su juventud». Un día después de la publicación de esta reseña, John Hammond, cazatalentos del sello CBS, que había trabajado con Billie Holiday, Bessie Smith y Aretha Franklin, contrató a Dylan para grabar un disco —era el único *folk singer* del Village fichado por una multinacional—. El 21 de octubre, con su guitarra y su armónica, grababa el primer LP, *Bob Dylan*, integrado por once temas tradicionales firmados por Jesse Fuller, Bukka White y Blind Lemon Jefferson entre otros, junto con dos canciones propias: «Song To Woody» —dedicada a su «padre espiritual»— y «Talkin' New York», ambas influidas por el blues de Robert Johnson.

Había más vida real en uno de mis versos que en todos los temas que trataba el rock'n'roll —Dylan *dixit*—. La vida estaba llena de complejidades que el rock'n'roll no reflejaba. «Tutti Frutti» y «Blue Suede Shoes» eran canciones maravillosas, pero no reflejaban la vida de un modo realista. Cuando me metí en el folk, sabía que lo

mío era más serio. El rock'n'roll no se acercaba ni de lejos a canciones como «Sixteen Snow White Horses» o «See That My Grave Is Kept Clean». Yo llevé el folk al rock'n'roll y viceversa. Cuando empecé, no pasaba nada serio en la música. Ni siquiera lo que hacían los Beatles. Cantaban «Love Me Do», y Marvin Gaye no cantó «What's Going On» hasta los años setenta.

Con un anticipo de mil dólares por el disco —algo sin precedentes para un debutante de sus características—, Dylan alquiló un apartamento en la calle 4 Oeste, donde se instaló con su novia, Suze Rotolo, militante del Congress Of Racial Equality (CORE), y se hizo con un mánager, Albert Grossman. Dylan se sentía más seguro que nunca. Escribía continuamente y, aunque tomaba prestada la música del repertorio folclórico, sus textos delataban una exquisitez poética que rompía los moldes de la canción protesta. Algunas letras de sus canciones fueron publicadas por la revista musical *Broadside*, y Dylan adquirió cierto compromiso político en el círculo progresista del Village.

En abril de 1962, en plena efervescencia de la lucha por los derechos civiles, Dylan compuso la canción «Blowin' In The Wind», mereciendo la portada de la revista de folk más prestigiosa en Estados Unidos, *Sing Out!* En septiembre, durante un recital en el Carnegie Hall, interpretó «A Hard Rain's A-Gonna Fall», una visión apocalíptica del holocausto nuclear, y «Talkin' John Birch Paranoid Blues», una sátira contra esa organización de extrema derecha y su obsesiva «caza de comunistas».

En noviembre, iniciaba la grabación de su segundo disco, *The Freewheelin' (El rodador libre)*, en el que cambiaría su repertorio tradicional de folk por composiciones propias. Influido por la lectura de Rimbaud, Brecht, Ginsberg y Whitman, Dylan se revelaba como un poeta preñado de poderosas metáforas y contundentes visiones, demostrando que las canciones contra la injusticia social podían ser tratadas con una sensibilidad distinta. Eran canciones de rebeldía, rabia y tristeza, pero imbuidas de sentimientos mucho más profundos y más fe en lo sobrenatural que la mayoría de las canciones que se interpretaban en aquellos días.